

cía á los médicos un sistema que combinaba una teoría clara hasta para los ménos inteligentes con la mayor facilidad práctica de aplicarla. Tampoco supieron granjearse mucha aceptación los discípulos alemanes de Stahl, siendo los principales Carl, Coschwitz, Gohl, Nenter y especialmente *Juncker*, catedrático de Halle, quien fué el primero en practicar con sus alumnos ejercicios clínicos].

El *vitalismo de Bichat* consiste en conceder á los tejidos vivos propiedades especiales que los diferencien de los demas cuerpos de la naturaleza, en atribuirles cualidades propias, las cuales desaparecen con la vida. Segun Bichat, la fiebre muscular tiene la propiedad de la *contractilidad*, el tejido nervioso la de la *sensibilidad*, el cartilago la de la *extensibilidad*, el cuerpo general tiene la propiedad de producir calor, ó sea la *caloricidad*, etc.

El sistema de las *propiedades vitales* de Bichat, que por lo demas no es otra cosa que una renovacion de la vieja doctrina de la *irritabilidad* de Hállér, tiene muchos partidarios entre los médicos de nuestros días, que no pueden disimularse la inmensidad del abismo que media entre los fenómenos vitales y los fisico-químicos. Profesan, pues, la teoría fisiológica de las *propiedades vitales de los tejidos* formulada por Bichat. Claudio Bernard, quien había visto tan de cerca tantos fenómenos vitales, se vió inducido á reconocer que hay en esos fenómenos una parte que escapa manifestamente á las leyes físicas. Se adhería, pues, á la opinion de Bichat; concedía propiedades vitales á los tejidos orgánicos del hombre.

Solamente Claudio Bernard y los médicos que adoptan el sistema de las *propiedades vitales de los tejidos* pierden de vista la reserva solemne que había tenido cuidado de hacer el creador de ese sistema. Bichat no ha jamas pretendido explicar algo con las palabras *propiedades vitales de los tejidos*, como Newton no pretendía revelar la causa primitiva de la gravitacion universal cuyas leyes exponía, y en virtud de las cuales los grandes cuerpos celestes se atraen y giran alrededor del sol. Bichat subordinaba las *propiedades vitales* que concedía á los tejidos, á un agente superior, la *vida*.

Bichat considera el principio de la vida como hallándose fuera del alcance de nuestro entendimiento, en el estado actual de la ciencia. Cree que el conocimiento de este principio no podrá ser sino el coronamiento de todos los descubrimientos de la fisiología en el porvenir.

«Es el defecto de todos los fisiólogos el haber empezado por donde se había de terminar un día. La ciencia estaba todavía en sus pañales y todas las cuestiones que preocupaban á los adeptos versaban ya sobre las causas primeras de los fenómenos vitales. ¿Qué es el resultado de esto? Un fárrago enorme

de razonamiento y la necesidad de emprender, por fin, el estudio serio de esos fenómenos, abandonando el de sus causas hasta que hayamos observado bastante para sentar teorías.»

Así, pues, cuando habla de las *propiedades vitales* y de la *vida* de cada órgano, Bichat entiende estudiar esas propiedades como efectos de la causa oculta que renuncia á profundizar. De ahí las expresiones que se repiten á cada momento bajo su pluma, de *vida* y de *muerte* de tal ó cual órgano, particularmente del cerebro y de los pulmones; Bichat estudia en todas partes los *fenómenos vitales*, pero nunca su causa, es decir, la *vida*.

Los médicos vitalistas de la escuela de Bichat han dejado, voluntaria ó involuntariamente, en la sombra la prudente reserva en que se había mantenido el creador de este sistema con respecto á la causa primera de las propiedades vitales que concedió al cuerpo humano. Así es que han confundido las propiedades vitales con una causa esencial, la vida; han identificado simples propiedades con el principio mismo de la vida y de la organizacion, interpretando de una manera muy inexacta el pensamiento del inmortal autor de la *Anatomía general*.

Claudio Bernard, muy amante de los términos medios y de los compromisos, hacía del sistema de Bichat, interpretado de este modo, su bandera científica; concedía á los tejidos vivos *propiedades vitales*; pero añadía que la ciencia no puede ir más allá.

En la primera leccion de su curso de 1871-1872 en el colegio de Francia este sabio se expresaba así:

«La causa inmediata de los fenómenos de la vida no debe buscarse en un principio ó una fuerza vital cualquiera. No se encuentra en la *psiji* de Pitágoras, ni en el *alma fisiológica* de Hipócrates, ni en el *espíritu* de Ateneo, ni en el *arjeo* de Paracelso, ni en el *ánima* de Stahl, ni en el *principio vital* de Barthez. Todos éstos son seres puramente imaginarios é inaccesibles á la investigacion. Esa causa reside en las *propiedades vitales* de Bichat, es decir, en las propiedades histológicas de la materia viviente, de los elementos orgánicos. No podemos perseguirla más allá; por lo demas esto es suficiente para la explicacion científica.»

Claudio Bernard, al decirnos que las *propiedades vitales* de Bichat bastan para la explicacion científica, olvida que Bichat subordinaba esas propiedades á un agente superior, la vida, cuya esencia renunciaba á comprender, pero cuya existencia admitía como cierta.

Los médicos de la escuela de Paris que con Claudio Bernard mutilan de esta manera el sistema de Bichat, nos dan, pues, una idea muy falsa de la teoría

del gran anatómico. Se equivocan, por lo demas, creyendo explicar algo con esa palabra *propiedades vitales* que no expresa más que un fenómeno, pero no su causa. Comprendido así, el sistema de Bichat es inadmisibile; no es más que un materialismo disfrazado. En efecto, desapareciendo las propiedades vitales con la vida, no subsistirá nada, despues de la muerte, de lo que ha producido en el hombre la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad.

Añádase á esto que aquella teoría no da cuenta y razon de ningun fenómeno. Es exactamente la explicacion de las propiedades del opio dada por Moliere en la ceremonia del *Enfermo de imaginacion*. El doctor de la comedia declara que *el opio hace dormir porque tiene en sí propiedades dormitivas*. La teoría de Bichat, interpretada por Claudio Bernard, nos dice: *El corazon se contrae porque tiene fibras contráctiles*. Las dos explicaciones son de la misma fuerza.

Era de hartos alcances el espíritu de Bichat para caer en semejante confusion de ideas. Desgraciadamente muchos médicos que se creen vitalistas racionan como Claudio Bernard. Se figuran que han dicho algo cuando han concedido á los tejidos vivos propiedades especiales que los distinguen del resto de la materia y en virtud de las cuales estos tejidos cumplen sus funciones durante la vida.

Nosotros creemos que esta explicacion no explica nada; creemos que Bichat ha sido muy tímido por no atreverse á profundizar la causa de la vida.

Lo que Bichat no había podido hacer con toda la fuerza de su ingenio, á saber: penetrar la verdadera naturaleza del hombre, Barthez la había llevado á cabo ántes.

Barthez, catedrático y canciller de la Universidad de Medicina de Montpellier, ha demostrado en sus *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*, obra publicada al principio de nuestro siglo, que hay en el hombre espiritual dos elementos diferentes, á saber: el *alma* (la que Lordat ha llamado más tarde el *sentido íntimo*) y la *fuerza vital* ó la *vida*. Añadiendo á estos dos elementos espirituales del hombre su elemento material, es decir, el cuerpo, tenemos la *trinidad humana* compuesta del *cuerpo*, del *alma* y de la *vida*.

Probaremos de sentar los caracteres propios de estos tres elementos del hombre y de establecer sus diferencias.

El *cuerpo* no es difícil de distinguir de los demas elementos. Por su materialidad se distingue de la vida, por su destructibilidad se diferencia del alma.

En cuanto á las diferencias que separan el alma de la vida, son más difíciles de poner de manifiesto. Hé aquí las principales de las diferencias características ó caracteres diferentes.

1. El alma (1) es espiritual é inmortal. Está dotada del pensamiento, de la conciencia, de la voluntad. No está sujeta al enflaquecimiento, ni á la decrepitud, ni á la muerte. No es accesible á ninguna influencia del tiempo. Léjos de debilitarse por el ejercicio, se acrecienta, se exalta, se perfecciona por el uso regular de sus facultades.

La vida (*principio vital* de Barthez) no es ni material ni inmortal, circunstancia que la distingue á la vez del alma y del cuerpo. Como el calor y la electricidad, la vida es una fuerza engendrada por ciertas causas (2); habiendo tenido un principio, tendrá su fin. Siendo una fuerza, la vida (3) no es material, pero es destructible y perece despues de un tiempo normal; no es inmortal como el alma.

2. La vida es transmisible mientras que el alma no se transmite. La vida se comunica de un individuo al otro, por la generacion, por la reproduccion y la herencia. Encerrada en los líquidos y los sólidos en los principios inmediatos del organismo, la vida halla en el seno de una madre, en el cual ha sido depositado el germen que la contiene, los elementos necesarios para su desarrollo. Se sirve de estos elementos para fabricar los órganos y para constituir el individuo físico nuevo que debe suceder á los padres.

3. La vida es una potencia esencialmente arquitectónica, plástica, organizadora; solo que ese arquitecto obra instintivamente, no tiene conocimiento de sus actos. Ese fabricante es inconsciente. Despues de crear el cuerpo humano, el principio vital vela por su mantenimiento. Está dotado de aquellas calidades conservadoras tutelares que Stahl atribuía al alma. Al contrario, el alma tiene siempre conocimiento de sus actos; es un sér inteligente y libre destinado á unirse con el cuerpo.

4. La vida está sujeta á un desenvolvimiento, una culminacion, luégo á un deterioro gradual que termina con la destruccion final. La vida desaparece como el cuerpo se destruye. Esas dos antorchas pierden progresivamente su esplendor y se apagan.

El alma, al contrario, se perfecciona con la edad y el ejercicio. «La fuerza vital, dice Lordat, toma creces en su curso natural, se desenvuelve, se refuerza durante la mitad de la duracion de la vida humana; mas en la segunda mitad de esta carrera sobreviene una mengua proporcional, una *vejez* progresiva del

(1) El alma puede considerarse bajo dos aspectos: en cuanto anima al sujeto llamado vivo, y en cuanto constituye con él el principio de operacion.—N. DEL CENSOR.

(2) Es procedente del alma.—N. DEL CENSOR.

(3) La vida en el hombre es la union del alma intactiva con el cuerpo humano; cesa la vida con la separacion del alma con el cuerpo.—N. DEL CENSOR.

sistema corporal, cuyo término infalible es la muerte. La potencia psíquica (el alma) no sufre necesariamente esta decadencia. Si no la traban las enfermedades, depende de ella aumentar indefinidamente su valor hasta el término de la vida, de suerte que el instante de la muerte senil, muerte acompañada del último grado de decrepitud, puede ser el momento en que la inteligencia ha subido al más alto grado de la elevación, exactitud, capacidad, sagacidad de que es capaz. De donde sigue que sabemos con una certeza experimental que la fuerza vital debe extinguirse y que la muerte del organismo es inevitable, pero que filosófica é inductivamente es imposible decir lo propio de la potencia psíquica, puesto que ha sufrido la *vejez*, solo indicio que puede tener, en el orden metafísico, de la certidumbre de una extinción futura.» (*Introducción á la doctrina de la alianza entre el alma pensadora y la fuerza vital*. Montpellier, 1847).

Para pintar más exactamente las diferencias entre el alma y la vida, Lordat hace uso de una comparación tomada de la geometría. Representa la vida como un huso semejante al huso de las Parcas, es decir, que tiene un diámetro casi nulo en su extremo incipiente, va abultándose sin cesar hasta el medio, luego decrece insensiblemente y acaba por casi anularse otra vez. Al contrario, el alma es representada por una parábola. Partiendo de un punto imperceptible, la parábola se desenvuelve lentamente, emitiendo dos ramas simétricas que se prolongan sin cesar hasta perderse en lo indefinido.

Segun Lordat, la vida empieza, pues, á manera de un huso progresando por acrecentamiento que es uniforme (durante la salud) ó *festonado* (en la enfermedad) hasta que llega á su abultamiento más considerable, su *culminación*, que suele suceder á la edad de 40 años; despues disminuye de tal manera que las dos líneas que representan este decrecimiento, líneas rectas ó festonadas, se encuentran más tarde para reunirse en un punto; y este punto es el extremo del huso, es la muerte. El alma, figurada al principio con unos puntos que indican lo incierto del momento en que empieza, forma por la reunión de esos puntos una parábola cuyas ramas, inscritas al principio en el huso, se apartan de él progresivamente y continúan desenvolviéndose, divergiendo cada vez más hasta la infinidad.

Esta comparación geométrica dice más que largos razonamientos para dar á comprender las profundas diferencias que existen entre el alma y la vida y la consiguiente imposibilidad de confundir una con otra las dos potencias del *dinamismo humano*.

Hay que leer en la obra de Lordat, la *Insenescencia del sentido íntimo*, el curioso desenvolvimiento de esta proposición que el alma, en el hombre viejo,



LORDAT.

(Nació en 1773 y murió en 1870).